EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA PROPIETARIA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

TOMO IX. MEXICO, 16 de Octubre de 1887. NUM. 16.

EN ACECHO

SANTA TERESA DE JESÚS.

Lo nos proponemos analizar las obras de la escritora insigne: tarea es ésta que emprendieron con fruto renombrados autores antiguos y modernos, y para llevarla á cabo, si nos sobra el deseo, nos falta en cambio la suficiencia y el tiempo. Para contribuir al homenaje que rinde *El Album de la Mujer* á la famosa doctora de Ávila, nos circunscribimos á evidenciar someramente el influjo que ejerciera Santa Teresa en la literatura y moral de su siglo, sirviendo por lo tanto de poderoso empuje á la civilización.

Antes de que apareciera el *poema del Cid* en el siglo XII, bien puede decirse que no existía la lengua española; en el siglo XII Alfonso el Sabio, con su código de las *Siete Partidas*, formó definitivamente el idioma patrio que enriquecieron con los peregrinos dones de su ingenio en el siglo XIV, el arcipreste de Hita y el infante D. Juan Manuel. Después D. Juan II, D. Enrique de Villena, Jorge Manrique, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Hernando del Pulgar, Juan de la Encina y Herrera, depurando nuestra literatura en el siglo XV, prepararon el advenimiento del siglo XVI y con él la espléndida manifestación de la lengua castellana.

Indudablemente España es un país vigoroso por esencia; no importaron las luchas sostenidas, las batallas empeñadas, la aturdidora gloria de las armas que ciega á tantos pueblos para que en el nuestro las inteligencias privilegiadas dejaran de dedicarse al perfeccionamiento del sonoro idioma, que debía inmortalizar Cervantes. El guerrero en sus horas de reposo, el monje en la triste soledad de su celda, el rey en medio de fatigosos cuidados, todos á porfía estudiaban y enriquecían la hermosa lengua española.

¿Podía la mujer con justicia, en una época tan decisiva como aquella, permanecer indiferente al lento progreso de nuestra habla, al glorioso desarrollo de nuestra literatura? No, todos sabemos hasta la saciedad lo limitada que era en aquella época la instrucción de la mujer y aun la del hombre. El saber se hallaba supeditado á unos pocos, y el principal escollo de las imaginaciones fogosas le constituían los libros de caballerías, llenos de relatos inverosímiles y de proezas tan locas como imposibles.

Santa Teresa apareció en el mundo en una época la más á propósito para desplegar las extraordinarias facultades de que plugo á Dios dotarla. De imaginación entusiasta y soñadora, en sus mocedades pagó el debido tributo á las corrientes de su tiempo, empleando los primeros frutos de su inteligencia en escribir un libro de caballerías que no ha llegado á la posteridad; pero su rápida penetración, el delicado buen gusto en ella innato, su fervor religioso, avivado por celestiales impulsos, la apartaron bien pronto de la vulgar senda de las quimeras de su tiempo, para trazarse camino recto y firme en medio de las turbulencias que la rodeaban.

En aquel tiempo, tal vez por los múltiples resortes que daban vida á la sociedad española, á consecuencia de nuestro creciente poderío, algunos principalísimos elementos de la nación, como las órdenes monásticas, hallábanse profundamente viciados. Dotada Santa Teresa de un espíritu activo y emprendedor, al entregarse por completo á la religión cristiana, única que podía satisfacer las puras aspiraciones de su alma, concibió el atrevido proyecto de reformar la Orden descalza del Carmen, á que pertenecía, y la llevó á cabo con increíble perseverancia.

Era empresa difícil para una débil mujer, pero sostenía á la insigne religiosa el favor especial del cielo y la convicción de que realizaba un gran bien al Cristianismo, morigerando algunas de las corporaciones que crecían á su sombra.

Si consideramos á Santa Teresa como reformista de su Orden, vemos en ella un espíritu tan recto, un criterio tan claro, una actividad tan manifiesta y puesta á prueba, que bien puede su nombre, aun despojado de la divina aureola, unirse dignamente al de cuantos con sus reformas han mejorado las instituciones religiosas del mundo. Bajo este punto de vista, la ilustre religiosa ejerció influencia decisiva en la sociedad de su tiempo, marcando seguro derrotero á las órdenes monásticas, sensiblemente desviadas de su divino objetivo.

Digamos ahora algo de su personalidad literaria, tan hermosa y simpática, que salva los escollos de los siglos, rodeada por místicos y sublimes resplandores. Al lado de los grandes místicos españoles Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús brilla con luces propias, resplandeciendo en todas sus obras una delicadeza y ternura tal, que desde entonces acá no ha tenido felices imitadores. Su buen gusto literario, su elevado modo de pensar, expuesto con encantadora sencillez, determinaron un estilo purísimo, á través del cual se adivina el alma amorosa de la santa, que aun en medio de las vulgares trivialidades de la vida, hallaba ocasión de tributar apasionadas alabanzas a que desde el cielo impulsa los actos todos de la tierra. Y al prorrumpir en exclamaciones llenas de gratitud, no se dirigía Santa Teresa á Dios en truncado é incorrecto estilo, antes al contrario, para hablar á la Suma Belleza buscaba la difícil perfección del lenguaje, enriqueciendo con las hermosas filigranas del sentimiento femenino nuestro idioma, y dejando por lo tanto en sus obras imborrables huellas de la santidad más perfecta.

No sólo las obras de Santa Teresa fueron influyentes y decisivas para el alimento de los espíritus extraviados de su tiempo, no tendieron únicamente al arreglo de las órdenes monásticas, sino que por medio de divinos trasportes y celestiales arrobamientos dejan demostrado hasta qué punto la religión cristiana puede satisfacer á las almas elevadas, desprendiéndolas de la tierra en medio de vaguedades infinitas y dulcísimas.

Todas sus obras: su *Vida* escrita por ella, *Constituciones primitivas*, *Camino de perfección*, *Conceptos del Amor Divino*, *Las Moradas*, sus poesías y cuanto escribiera, evidencia tan grande acopio de dulce energía, hermosura moral, pureza de sentimientos y elegancia inimitable de estilo, que no es extraño hayan quedado sus libros como modelos, y sus hechos como una gloria indiscutible de la consoladora religión, á la cual consagrara sus inteligentes esfuerzos.

No se ha conocido después de Santa Teresa otra escritora mística tan por completo apartada de cuanto se relaciona con la tierra. La insigne doctora depura y ennoblece por medio de su elevado estilo cuanto trata, á todo presta celestiales reflejos, y sus arrobamientos demuestran la tendencia de aquella alma sublime hacia la mansión eterna por la cual suspiraba sin cesar.

Jamás ha rodeado el nombre de mujer alguna en los tiempos, que en cierto modo se pueden llamar modernos, sobre todo si les comparamos con los bíblicos, jamás, repetimos, el nombre de otra mujer se ha visto rodeado por la divina aureola que rodea á la inmortal doctora, santa por la pureza de su vida y por su amor á la humanidad, sabia y admirable por sus profundos conocimientos, modelo perfecto por sus escritos, inspirados en la moral más pura.

A su solo nombre se unen muchas glorias: la Iglesia la venera como uno de sus más grandes reformadores; descuella en el cielo cristiano entre el número de los santos; en la literatura patria es astro de primera magnitud, y como mujer, no podemos enumerar sus muchas perfecciones, puesto que Dios se complaciera en dotarla de los más preciosos dones que pueden concurrir en la humana criatura.

Há tiempo que murió, pero su recuerdo vive todavía y vivirá siempre mientras quede un solo cristiano y un solo español, que en ella van dulcemente enlazadas las glorias literarias de la patria y los resplandores de la religión más bella que han conocido los hombres.

Siempre que queremos concebir el misticismo en su grado más tierno y conmovedor, invocaremos el recuerdo de Santa Teresa, y como un perfume de su alma pura y soñadora, como un reflejo de sus celestiales arrobamientos, diremos con ella, inspirados por la fe y sumergidos en misteriosa y grata emoción:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta gloria espero
Que muero, porque no muero.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

UNA BODA ARISTOCRÁTICA.

El niño alado, el eterno niño, debe ser el principal personaje en esta revista: mi pluma no trazará una línea más sin exclamar:

¡Gloria á Cupido!

¡Gloria, gloria á tí, dominador del mundo, inspirador del poeta y del artista, mágico prodigioso que conviertes en audaz al tímido, en valiente al cobarde, en grande al pequeño, en héroe al grande. Tú eres el faro luminoso que conduce al extraviado viajero á puerto de salvación, la inextinguible estrella que ilumina los abismos del alma, la gota de rocío que vivifica las marchitas flores de la vida. Si la luna resplandece cual fúlgido diamante suspendido en la bóveda

celeste, retratando su pálida faz en el mar, y las flores al abrir su corola embalsaman el ambiente, y la mariposa revolotea en torno de su jazmín querido, es que el fuego de la pasión las anima y el mar ama á la melancólica luna, y las auras al mar, el jacinto á la azucena, la mariposa al jazmín y el céfiro á la brisa.

Aimer c'est agir, ha dicho Victor Hugo; sí, el amor es la vida, por eso cuando Voltaire creyó que ya no inspiraba amor, quería morir. Bien claramente lo expresó en estos versos:

On meurt deux fois, je le vois bien;
Cesser d'aimer et d'être aimable
C'est une mort insupportable;
Cesser de vivre ce n'est rien.

La mujer es la dueña del mundo, lectoras mias, porque es la inspiradora del amor. Cleopatra en Egipto, Lucrecia en Roma, Elena en Esparta y Aspasia en Atenas, cambiaron las leyes del Estado con una sola mirada, porque no hay Numa sin Egeria.

Victoria Colonna prestó inspiración á Miguel Angel, Fornarina á Rafael, Eleonora á Tasso, Fiametta á Bocaccio, Beatriz á Dante, Laura á Petrarca, Julieta á Chateaubriand, Nathercia á Camoens.

Ovidio, Shakespeare, Calderón, Molière, Lope de Vega, Michelet, Musset y Stendhal, deben sus mejores inspiraciones al amor.

Cupido, que se enorgullece de saber disparar sus flechas, acaba de encadenar dos corazones que mostrará siempre cual un trofeo, acaba de prender en sus redes á la bella Dolores Corona y al distinguido Fernando Camacho, que pertenece á una de las familias más prominentes de la sociedad mexicana y que posee los caballerescos sentimientos de su respetable padre.

Todos conoceis el nombre de Dolores Corona, la hija del esforzado General, del benemérito de la patria; pero no todos habeis visto ú oído á Lola. Lola es pálida y esbelta como Cloris, sus negros cabellos tienen reflejos de azabache, su cutis es alabastrino, su diminuto pie como el de la Napea, podría caminar sobre las hojas del frondoso bosque sin producir murmurio. Lola, que es tan bella, es algo más que bella, porque es muy inteligente. Ella puede desafiar al tiempo y al olvido, pues como dice Cahusac:

Quand la beauté seule séduit
On s'aime un jour, puis on languit,
L'amour s'enfuit, on se deteste;
Mais quand le cœur cède aux talents,
Au caractère, aux sentiments,
Le temps s'enfuit et l'amour reste.

A Dolores Corona jamás le hablo yo de modas, le hablo de Balzac, de Nadier, de Feuillet ó de Saint Beuve.

La seriedad de Lola no se debe á los años, se debe á su alto criterio: Lola Corona se halla en ese crepúsculo de la vida lleno de perfumes y frescura, semejante al crepúsculo matinal que se conoce con el nombre de adolescencia. Lola no ha cumplido aún diez y seis primaveras, es una flor en capullo; el sol no ha besado sus pétalos, sobre su corola no se han fijado más miradas que las de la aurora.

El momento solemne ha llegado; son las nueve de la noche del 10 de Octubre: Lola aparece vestida con un rico traje de brocatel amarillo, que la envuelve cual inmenso topacio, y se dirige tímidamente con el elegido de su corazón ante el juez. Verifícase el matrimonio civil, los novios atraen la atención general. Como diría el poeta Salvany:

Miradlos, ahí están, turbados ambos
Temen y ansían el feliz momento;
Uno y otro, con ímpetu violento,
Sienten latir aprisa el corazón.
Llamad al cura, preparad las galas,
Ya no tiene remedio, es cosa hecha,
De la aljaba de amor la misma flecha
A un tiempo mismo atravesó á los dos.

Pero me olvido de que las damas me han de exigir la descripción del *trousseau* de Lola. Yo no puedo detallarlo, recuerdo haber visto toda clase de encajes, toda clase de telas.

¿Cómo describiros los trajes Pompadour, color acero, heliotropo, coral, gris, plata, rosa seca, negro, tórtola, marfil y azul? La *toilette* que más ha llamado mi atención es un vestido de encaje blanco, caprichosamente adornado con cintas verdes: grupos de espigas, hierbas y musgo, ocupan el lugar de los *bouquets*, dando al traje gran originalidad. No podeis comprender el efecto de este traje sin haberlo visto; el verde de las cintas es serpentino, las espigas de trigo parecen arrancadas á la guirnalda de la diosa Ceres.

Mas la modestia de Lola no quiere absorber tanto tiempo la atención del lector, y desea me ocupe de sus amigas.

Concluido el breve acto del matrimonio civil, en el cual los desposados tuvieron por testigos á los Sres. Gral. Diaz, Romero Rubio, Gral. Pacheco, Eduardo González Gutiérrez y Ministro de Inglaterra, la señora de Corona nos obsequió con un brillante baile y una opípara cena. El baile estuvo animadísimo y engalanado con los más hermosos astros de nuestro cielo social.

Aun me parece contemplar los delicados contornos de las ideales figuras de Carmen Romero Rubio de Diaz y María Luisa de Teresa: sus breves cinturas son como el tallo de la magnolia que apenas puede sostener la flor; aun veo como á través de nacarado sueño á la graciosa Amada Diaz, envuelta en albo traje salpicado de margaritas, luciendo sus torneados brazos; á Lupe Camacho de Icaza con traje de gasa blanca cubierto de capullos multicolor, como lo vestiría Flora; á la esbelta Sra. Estrada de González Gutiérrez, emblema de la distinción y de la elegancia, á la inteligente Paz Terreros de Rincón Gallardo, cuya palabra es cautivadora, á la siempre hermosa Leonor Rivas, á la muy amable y simpática Josefa Calderón de Pacheco, con sus encantadoras hijas, á la bella Esther Guzmán, luciendo un soberbio traje de terciopelo azul turquí con encajes blancos de Inglaterra; á la arrogante Sra. de Mariscal, ostentando un traje en el cual se combinan acertadamente todos los tonos del azul; á su hermosa hija Elena, luciendo rico vestido color de ámbar; á Concepción Tornel de Suinaga, la de cuerpo escultórico, á la elegante Lupe Rondero de Viadero, á la bella Refugio Terreros de Rincón, con falda negra y corpiño recamado de brillantes; á Soledad Juárez, que siempre viste *á la dernière;* á Enriqueta, Josefina y Trini de Prida, elegantemente ataviadas con trajes color *salmon*; á Concha y Domitila Rivas con trajes blanco y heliotropo; á la señora Morán de Pontones, lujosamente engalanada; á la esbelta Sra. Baz de Phillipp luciendo ricas joyas, como la Sra. de Villada ricos encajes, y á las siempre distinguidas damas Arroyo de Anda, Schiaffino, Arteaga de Prida, Juárez de Santacilia, Buch de Landa, González Buch de Ituarte, Escudero, Cervantes, Landero y Cos, Iturbide, Barroso, Morquecho, Carden, la Torre y Haro.

Mercedes Dublán, que es tan amable como graciosa y amena, me señala un grupo de preciosas niñas con trajes níveos; parécenme todas juntas sartas de perlas de un rico collar: son María Torres, Paz Rincón, Elena y Amelia Zamacona, María Schiaffino, Piedad Cumplido, Clotilde Bros, Paz Barroso y Olimpia Morquecho.

En otro salón, presididas por la interesante María Corona, que viste de azul, se hallan Eugenia Bazaine, cuyo hermoso cabello tiene el color del de la Helena griega, María Santacilia, sonrosada como una alborada de Mayo, su hermana *Memé*, con traje color de cielo cual Pilar Bros y Luz Landero, y tantas y tantas otras cuyos nombres harían esta revista interminable.

Empecé con el nombre de Lola Corona, pues á la novia corresponden todos los honores de una crónica nupcial; pero no debo terminar sin estampar el de Mme. Mery Mc Entee de Corona. La distinguida esposa de Corona hizo los honores de la casa con rara elegancia, acompañada del General y de sus hijos. En dicha dama es innata la cortesía, y como si ésto no bastara ha frecuentado constantemente los primeros salones de Madrid durante diez años. Madrid es una gran escuela para la etiqueta. Al decir ésto, olvido que soy española y me hago eco de frases pronunciadas por diplomáticos de Viena, Rusia, Londres y Berlín, cortes muy suntuosas cual todos sabeis. La Sra. de Corona recibió á sus invitados como se recibe en los palacios de las duquesas de Medinaceli, Fernán Núñez y de la Torre, los salones más aristocráticos de la corte española. Al apearse el Presidente de la República del carruaje encontróse con el Gral. Corona que le esperaba en el umbral de la puerta; el himno nacional anunció su llegada, y la señora de la casa salió al descanso principal de la escalera para recibir á la distinguida esposa del ilustre Gral. Diaz: estos honores se tributan en Madrid al jefe superior de la Nación, lo mismo que en Washington.

No terminaré sin satisfacer la curiosidad de mis lectoras, mencionando los numerosos regalos que como testimonio de simpatía ha recibido la bella desposada.

Hé aquí la lista más completa de cuantas se han publicado:

El Sr. Gral. Porfirio Diaz, una magnífica pulsera de brillantes y perlas.

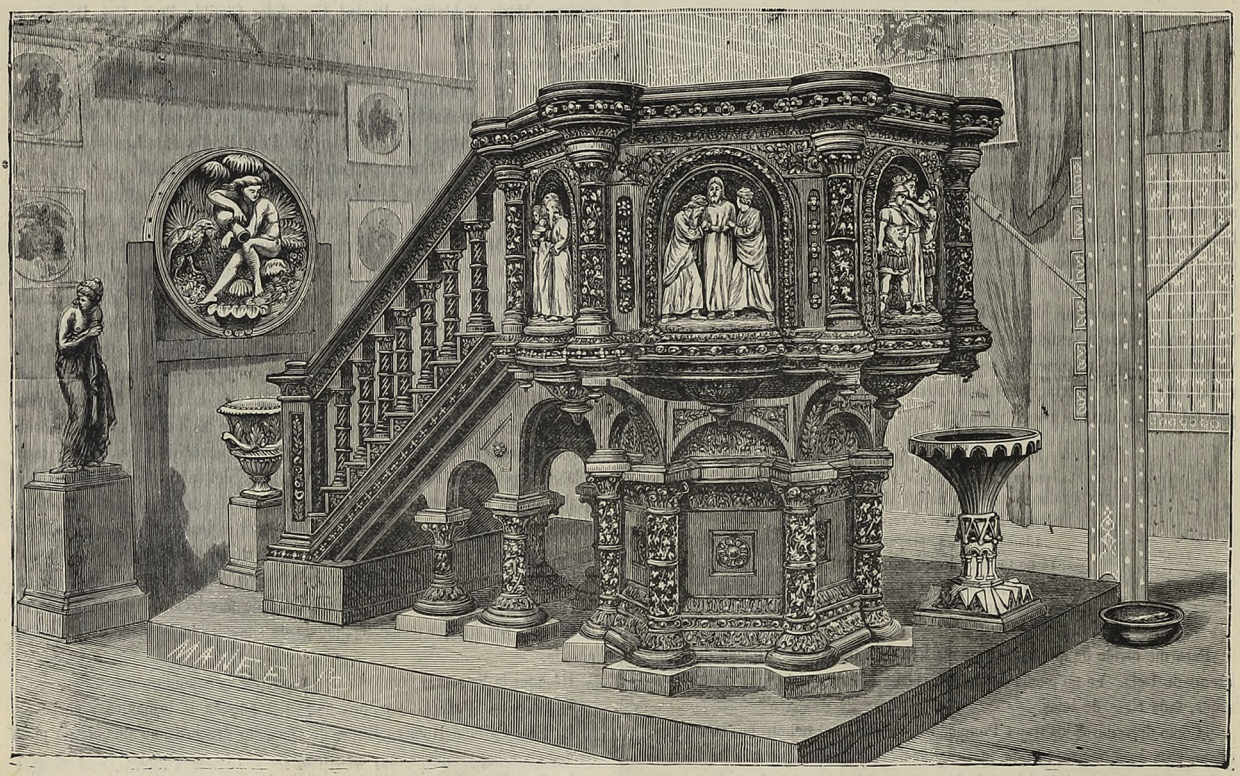
La Sra. Carmen Romero Rubio de Diaz, un preciosísimo alhajero de plata oxidado con bajorrelieves muy artísticos.

La Sra. Clara C. de Camacho, un piano de media cola de Steinway.

Dolores Camacho de Landa, una pulsera de oro y brillantes.

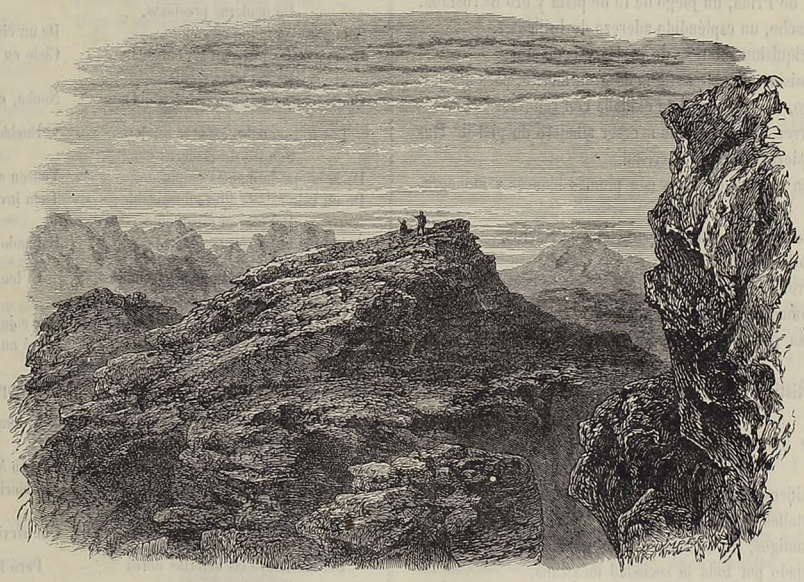
Guadalupe Camacho de Icaza, un prendedor oro y brillantes.

El amigo de la infancia



Notable obra artística presentada en la Exposición de Filadelfia

Castigo del ladrón en China



El Monte Hor en la Idumea

Sra. Agustina C. de Romero Rubio, un magnífico reloj colgante con brillantes, perlas y rubíes.

Esther Guzmán de Diez Gutiérrez, un lindo prendedor de brillantes y perlas.

Guadalupe Terreros de Algara, un prendedor de brillantes, rubíes y esmeraldas.

Refugio Terreros de Rincón, una pulsera de oro, perlas y rubíes.

Sra. Laura S. de Mariscal, dos estatuas en bronce.

Sra. de Carden, un tarjetero de marfil con monograma en plata antigua.

Luisa Baz de Phillipp, un neceser de piel de Rusia con los accesorios de carey.

Sra. de Suinaga, unos gemelos de teatro, de marfil y oro.

Beatriz Tornel, un estuche peluche con tarjetero y portamoneda de piel.

Sra. Schiaffino é hija, un precioso edredon bordado de colores, fondo fresa machucada.

Olimpia Morquecho, una caja de guantes bordada por ella.

Elisa Corona, un precioso y artístico grupo en *terre-cuite*.

Mary Corona, una virgen de cristal.

Piedad Cumplido, un precioso centro de mesa de cristal.

Paz de Haro, un precioso estuche con un abanico de marfil y un *porta-bouquet*.

Srita. Santacilia, un juguete de tocador.

Soledad Juárez, un espejo forma de corazón.

Clotilde Bros, un bonito pañuelo encaje de Bruselas.

Josefa Terreros de Algara, un elegante anillo de perlas y brillantes.

Sra. Paz Terreros de Rincón Gallardo, una preciosa *etagère* de madera y bronce incrustado.

Srita. Paz Rincón Gallardo, un elegante abanico.

Sra. Lola Cervantes de Riba, un grupo de bronce.

Sritas. Osio, un pañuelo encaje de Bruselas.

Eugenia Bazaine, precioso juego de cristal para flores.

Sra. Enriqueta C. de Prida, un precioso despertador de metal blanco.

Sra. Morán de Pontones, un sachet rosa de raso, pintura á la aguada.

María Torres Rivas, un magnífico centro de mesa de plata adornado con flores artificiales.

Elena Mariscal de Limantour, un lindo canastillo de gardenias.

Srita. Trini Prida, un centro de mesa de cristal.

Esther T. de Martin, una cruz de bronce y mármol.

María del Valle, un lindo bouquet de gardenias y camelias.

Srita. E. de la Torre, un precioso prendedor de brillantes y perlas.

Sra. Josefina Prida de Núñez, un lindo canastillo de camelias y gardenias.

Carlota V. de Ramírez, un precioso libro de misa de piel de Rusia.

Sra. Cervantes, un canastillo de gardenias.

Sra. de D. Francisco M. de Prida, un juego de té de plata y oro incrustado.

El Sr. D. Sebastián Camacho, un espléndido aderezo de brillantes.

Fernando Camacho, un riquísimo aderezo de perlas y brillantes.

Antonio Algara, un curiosísimo mueble antiguo de gran mérito, para alhajas.

Eduardo Rincón Gallardo, una caja de plata oxidada con relieves.

Eduardo González Gutiérrez, un valiosísimo neceser alhajero de piel de Rusia y bronce, con todas las piezas de marfil y cristal.

Sir Spencer St. John, un abanico de carey con plumas blancas y monograma en oro.

Coronel Lic. Leonides Torres, tres jarrones porcelana de Sévres.

Gral. Escudero, un juego tibores *faience*.

Sr. Julio García, dos jarrones estilo morisco.

Sr. Olavarría, dos perfumadores de cristal.

Francisco Sepúlveda, una pluma de oro para firmar el contrato de matrimonio.

Sr. Gustavo Baz, un artístico y valioso jarrón de porcelana con flores artificiales.

Tres ramos enormes de los Sres. Gaspar de Errazu y Eustaquio y Francisco Barron.

Carlos Rivas, dos magníficos jarrones de porcelana.

Como vereis por los detalles referidos, la boda de Lola Corona ha sido espléndida, suntuosa, y los amigos, los obsequios y las galas dignas del simpático matrimonio, tan agasajado por toda la sociedad mexicana.

Que disfruten cuantas venturas merecen, es lo que les desea

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

COYOLICALTZIN.

LEYENDA DEL SIGLO XV.

A MI ESTIMADO AMIGO EL SR. DR. D. ANTONIO PEÑAFIEL.

Casi á mitad del vasto Continente
Que oculto en Occidente
Apartado vivió del Viejo Mundo,
Un populoso reino se extendía,
El cual logrado había
Sembrar en los demás terror profundo.

El reino zapoteca se llamaba
El que altivo imperaba
Entre las otras bélicas naciones;
Y qué alcanzó, tras dilatada guerra,
Acrecentar su tierra
Al poder de atrevidos campeones.

Cosijoeza, príncipe guerrero,
De corazón entero
Y fuente de ejemplar sabiduría,
Era el egregio rey que decidido
E incansable, vencido
A sus contrarios en el campo había.

Desde Tehuantepec, que se alza ufano
Frente del océano,
Como atajando su ímpetu bravío,
Hasta el confín de la montaña agreste
Que se extiende al nordeste,
Abarca el zapoteca poderío.

Allí quiso poner Naturaleza
La espléndida belleza
De sus encantos y sublimes galas;
Todo es allí conjunto de armonía;
Allí la poesía
Tiende feliz sus atrevidas alas.

Están los prados fértiles cubiertos
De naturales huertos
En una eterna y dulce primavera.
Tiempla el ardor del clima la salvaje
Bóveda de follaje
Que crece exuberante y altanera.

Cruzan el reino selvas espaciosas
De maderas preciosas,
Sólo para las fieras accesibles.
Ricos metales guardan las entrañas
De las altas montañas
Que en su belleza son indescribibles.

Los frecuentados ásperos senderos
Son los desfiladeros
De la hilera de montes empinados.
De un lado está la altura formidable;
Del otro el espantable
Abismo con sus riesgos dilatados.

Surcan los valles, amplios y frondosos,
Los rios caudalosos,
Que en el inquieto mar se precipitan.
Sus aguas, avanzando impetuosas,
En vueltas numerosas
Saltan, y se revuelven y se agitan.

Forman bosques los cedros elevados;
Sus frutos sazonados,
Dulces como la miel, la anana ofrece.
Cubren el ígneo sol de esos lugares
Extensos platanares,
Y garboso y altivo el mamey crece.

Del chirimoyo las abiertas flores
Esparcen sus olores,
La atmósfera caliente embalsamando.
Esbeltos se alzan los gigantes pinos
Que en los de los encinos
Sus ramajes están entrelazando.

Se cimbran arrogantes las palmeras;
Agítanse ligeras
Del ahuacátl las hojas extendidas.
Forman tupidas cercas las retamas,
A cuyas verdes ramas
Están las trepadoras adheridas.

Brotan aquí y allá rústicas fuentes
De límpidas corrientes
Que al fértil suelo dan dicha colmada.
Aquí un arroyo bullidor serpea;
Más allá centellea
El golpe mujidor de una cascada.

Recorren de los montes la espesura
Rugiendo con bravura
El temible jaguar y la pantera.
Se arrastran en los mágicos pensiles
Venenosos reptiles
A cuya vista el corazón se altera.

Saltan sobre los riscos elevados
Ágiles los venados,
Que en vano el hombre á perseguir se lanza.
Saliendo apenas de su nido umbroso
El roedor medroso,
Su triste vida á conservar alcanza.

En sus aéreos rústicos palacios
Inundan los espacios
Las aves con alegre melodía.
El *zánatl*, el *zenzontli*, el *carpintero*,
El *clarin* y el *jilguero*
Trasunto son de excelsa poesía.

Alza el *madrugador* su grato acento
Cuando en el firmamento
Apacible la luz apenas brota;
Y entonces el *gorrión* y el *cuitlacoche*
Que terminó la noche
Anuncian á la par con dulce nota.

De esa nación completa la belleza
La excepcional riqueza
De un cielo de turquesas fabricado,
Cielo en que limpio el sol durante el día
Brilla, y en la sombría
Noche, está de carbunclos tachonado.

Pueblan el reino tribus indomables
Que altivas é incansables
Vencen en la batalla al enemigo.
Todo invasor en la montaña agreste
Sucumbió con su hueste,
Hallando sólo vengador castigo.

El temible Ahuizotl, el soberano
Del reino mexicano,
Que sojuzgó á los pueblos y á los reyes,
Llevó en són de conquista sus legiones
Hasta aquellas regiones
Para imponerles sus tiranas leyes.

Y dominó á los pueblos valerosos,
Y tributos odiosos
Impuso á los lugares conquistados.
Estableció ciudades espaciosas
En las vegas hermosas
Que sirvieron de asilo á sus soldados.

Pero los pueblos libres, si oprimidos
Se ven, no envilecidos
Abandonan del triunfo la esperanza.
Cada pecho, con ansia halagadora,
Palpita por la hora
Feliz de la legítima venganza.

El pueblo zapoteca, que sufría
La dura tiranía
Del terrible monarca mexicano,
Dando creces al odio y los rencores,
Contra sus opresores
Mortal castigo preparaba ufano.

Al fin lució la suspirada aurora
Del triunfo, y en tal hora
El pueblo quiso rescatar sus fueros.
Numerosa y altiva caravana
De gente mexicana
Llegó al país cruzando sus senderos.

Del rey Cosijoeza los soldados,
Obedeciendo airados
Al odio que engendraran sus dolores,
Sobre esa muchedumbre presto llegan
Y sin piedad se entregan
A saciar sus legítimos rencores.

Como suele, tras rudas sacudidas,
Arrojar encendidas
El volcán sus entrañas destructoras,
Y la región del viento atravesando,
Caen en tierra llevando
Muerte y asolación aterradoras;

Y á su poder, que por momentos crece,
Del hombre se estremece
El corazón que fuera valeroso,
Y falto de vigor y macilento
No opone al elemento
Voraz su resistencia poderoso;

Así los zapotecas lidiadores
Cayeron destructores
Sobre la sorprendida caravana,
Que no esperando tan feroz violencia,
También sin resistencia
Sucumbió al golpe de crueldad insana.

Llega á Tenochtitlán la nueva horrible,
Y espantoso y terrible
Apréstase Ahuizotl á la contienda;
Y le serán los númenes propicios,
Que humanos sacrificios
Antes llevó á sus aras en ofrenda.

Al mando de adalides valerosos
En grupos numerosos
Salen los mexicanos á campaña.
A su frente Ahuizotl, fiero y temible,
Llega al inaccesible
Sitio en que se alza la áspera montaña.

Penetra en Huaxyacac, y su denuedo
Siembra el terror y el miedo
Entre los sorprendidos pobladores.
Las tropas mexicanas avanzando
Van rápidas llevando
El exterminio en todos sus horrores.

Ni el templo consagrado á las deidades
Escapa á las crueldades
Que comete Ahuizotl en su ardimiento.
Pronto el sacro lugar es incendiado
Y luego derribado
En segura señal de vencimiento.

El mexicano ejército animoso
Recorre victorioso
De Huaxyacac á Mitla la distancia.
Aquí á los hombres da violenta muerte;
Más allá se convierte
En mar que se desborda en su arrogancia.

Y unas veces la sangre derramando,
Otras veces talando
Las míseras y quietas poblaciones,
La hueste de Ahuizotl á Mitla llega,
Y allí también se entrega
A nuevos y cruelísimos baldones.

Después de ejecutar tal exterminio
Regresa á su dominio
Ahuizotl, deslumbrando con su gloria.
Cosijoeza entonces á su gente
Apresta, y de ella al frente
Marcha á la lid en pos de la victoria.

Acompañóle la voluble suerte,
Y por doquier la muerte
Llevando como el rayo fragoroso,
Al mexicano ejército escarmienta,
Y su poder se asienta
Otra vez más seguro y vigoroso.

Después de castigar al enemigo
Se prepara, al abrigo
De los baluartes que alza en la montaña,
A rechazar las fuertes agresiones
De las nuevas legiones
Que el soberbio Ahuizotl pondrá en campaña.

Su instinto de guerrero no fué vano:
Pronto el rey mexicano
Entra en la tierra numerosa hueste,
Que como el huracán irresistible
Con empuje terrible
Rauda camina á la muralla agreste.

De la sierra salvaje en la aspereza
El rey Cosijoeza
Defiende con denuedo sus Estados;
Dilatada y tremenda es la campaña,
Pero el celo acompaña
Del reino zapoteca á los soldados.

Las filas mexicanas, con bravura
Entran en la espesura
De las selvas de cedros y de pinos,
En cuyas quiebras lóbregas y estrechas,
De innumerables flechas
Reciben ¡ay! los golpes asesinos.

Otras veces atacan los guerreros
De Ahuizotl, los senderos
De la montaña, que es inaccesible,
Y allí con su valor que tanto abarca
El guerrero monarca
También contiene al invasor temible.

Prolóngase la lucha asoladora;
La legión invasora
Ceder no quiere en su tenaz porfía;
Pero el pueblo indomable no se aterra
Y sostiene la guerra
Con patriótico ardor y valentía.

Mientras el mexicano desfallece,
Del zapoteca crece
El ejército bravo y poderoso;
Se afirma en la montaña de Quiengola
Y su pendón tremola
En la cima el monarca valeroso.

Ni el hambre ni la sed truecan en miedo
El general denuedo
De esa nación para la lid nacida.
Agua le dan arroyos y cascadas,
Y viandas codiciadas,
Del contrario los cuerpos ya sin vida.

Quedan en la montaña abandonados
Los cuerpos desangrados
De los guerreros que en la lid perecen.
Dando indicio de bárbaros horrores,
Del sol á los fulgores
Las blancas osamentas resplandecen.

Clava el rey zapoteca su estandarte
En tétrico baluarte
Que estableció con cráneos en la altura,
Y mostrándole luego al enemigo
El espantable abrigo,
Señal le da de perdición segura.

Del soberbio Ahuizotl intimidados
Los feroces soldados
Tregua piden al gran Cosijoeza;
Y el indómito rey, que tanto puede,
Generoso concede
La gracia que se pide á su grandeza.

Mas no acepta la paz que con porfía
A proponer le envía
El altivo monarca mexicano.
Quiere, sediento de renombre y gloria,
Obtener la victoria
Al poder de su genio soberano.

En vano es que Ahuizotl, de su tesoro
Le mande en piezas de oro
Los más preciados y exquisitos dones;
No desciende de la áspera montaña
Y apresta á la campaña
Nuevos y numerosos escuadrones.

Dejando resguardada esa frontera
Conduce su bandera
Hacia Tehuantepec, y victorioso
A los cercanos reinos se encamina,
Y doquier ilumina
De su poder el rayo esplendoroso.

Torna á Tehuantepec, y la ventura,
Sonriéndole pura,
En su triunfal carrera le acompaña;
Y cuando al centro de su corte llega
A restaurar se entrega
Su vigor amenguado en la campaña.

Ovaciones, festejos y alegría
Ofrecen á porfía
Sus vasallos al rey afortunado.
Todo le brinda saludable calma,
Derramando en su alma
Un manantial de bienes encantado.

Junto á Tehuantepec, en la llanura,
Al pie de la espesura
De añosos fresnos de ramaje umbrío,
Entre silvestre lecho de amapolas,
Corren las breves olas
De trasparente y apacible río.

Cubierta con magnífica enramada
De flores, y alfombrada
Con blando césped, hállase una gruta
A la margen del río bullicioso,
En cuyo sitio hermoso
Bienestar inefable se disfruta.

Allí forman los pájaros cantores
Sus nidos con las flores
Entretejidas de luciente grama.
Se aspira allí un ambiente delicado
De aromas impregnado
Que eternamente la salud derrama.

Cuéntase que al poder de hermosa ninfa,
Que sale de la linfa,
Las hadas en la gruta se convocan;
Y que en aquel recinto concertadas
Alegres y animadas
Hechizan con su magia lo que tocan.

En la ciudad cercana se decía
Que al despuntar el día
O al ocultarse el sol en Occidente,
Todo el que ver su porvenir quisiera
A la gruta acudiera
A interrogar á la veloz corriente.

Y que nunca el oráculo divino
Mintió al que con fe vino
A escudriñar el porvenir oscuro.
Todos los que afanosos lo buscaron
Fácilmente sondaron
Las compactas tinieblas del futuro.

También Cosijoeza, altivo y fuerte,
Quiso saber la suerte
Que el destino inmutable le depara;
Y armado de la fe supersticiosa
De su raza, á la hermosa
Gruta á partir violento se prepara.

México, Mayo de 1887.

EDUARDO DEL VALLE.

(Continuará.)

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—¡Qué horror!—exclamó Mario fuera de sí;—calumnian nuestra pura amistad, quieren empañar el brillo de su limpio nombre. Esa voz la habrá esparcido algún cobarde infame, vengándose de las negativas de la condesa.

Si su marido no ha hecho su deber, yo buscaré al calumniador y le destrozaré el corazón, como él ha destrozado la honra de esa mujer inmaculada.

¡No hay virtud más acrisolada que la suya!

Es una mujer inaccesible.

¡Pobre Victorina; la han calumniado conmigo, y ni siquiera ha pronunciado una palabra de amor!

¡Esa mujer ha venido al mundo para sufrir!

Es una santa, una mártir. Señores, ustedes son testigos de que hago una defensa del honor de esa mujer, de la dignidad que conserva incólume, de su preclara virtud. Ahora tienen ustedes obligación de hablar con respeto de la condesa.

Hubo tal firmeza, tanta energía, tanta verdad en el acento de Mario, que todos quedaron confundidos por su noble conducta.

El grupo se disolvió seguidamente, y en el gabinete de lectura del casino quedó el poeta con uno de los que habían presenciado aquella escena.

El joven se aproximó al poeta y le dijo cautelosamente:

—Señor mío, tengo una deuda pendiente con usted.

—No tengo el gusto de conocerle, caballero.

—Si yo hubiera tenido el honor de conocerle antes de esta noche, es muy probable no hubiera contraido con usted tan sagrada deuda.

—Explíquese, no le comprendo.

—No es extraño; pronto voy á ponerle al corriente de todo.

Para quedar en paz con mi conciencia necesito dar á usted una completa satisfacción.

Mario miraba á su interlocutor con gran curiosidad.

Éste empezó así:

—Tengo la idea de que soy el que ha proporcionado á la condesa los disgustos que ha sufrido con su marido, aunque no fué intención mía originárselos.

—¿En qué se funda usted para abrigar esa creencia?

—¿Recuerda usted lo que ha referido uno de los que se acaban de marchar, acerca de unos jóvenes que hablaron ignominiosamente de la condesa en torno de la mesa de un café.

—Sí; lo recuerdo.

—Pues bien; yo fuí el necio que aludiendo á unos ligeros datos que tenia recogidos, datos esparcidos por un amante desdeñado, yo fuí, repito, el que sobre ellos inventó una historia acerca de la vida de esa señora, que sólo conozco de nombre, y que usted me ha enseñado á respetar.

—¿Con qué objeto relató usted tan infame invención?

—Con el objeto de hacerme oir por los que anhelaban ardientemente el desenvolvimiento de sucesos privados sepultados en la tumba del misterio, quise darme la importancia de gran noticiero, interesando á los oyentes, estúpidos cual yo, y me apoyé en argumentos hijos de mi fantasía.

Mi petulancia gozaba al hacer creer á mi público que me eran familiares los episodios de la vida de la condesa.

Por lo que esta noche se ha dicho en el casino, infiero que el conde, caballero que no conozco, y que al parecer se hallaba en una mesa contigua á la mía, oyó los chistes, sátiras y epigramas que inspiró la falsa historia narrada por mi.

La casualidad teje las más complicadas redes, los más estrechos lazos, para hacernos caer en ellos al no observarlos nuestra tranquila y peligrosa confianza.

¡Oh la casualidad es muy traidora! ¡Qué grandes descubrimientos ha hecho la casualidad!

¡Cuántos hombres le deben su gloria! ¡Cuántos su fortuna! ¡Cuántos su ruina!

Yo soy la causa de los malos tratamientos que habrá sufrido la condesa, yo el origen de sus penas, tal vez de sus lágrimas, tal vez del divorcio.

¡Oh no me lo puedo perdonar! ¡Soy un monstruo de iniquidad que á mí mismo me doy miedo! ¡Ay, si se pudiera retroceder en la vida!

—En la vida no se pueden borrar las páginas escritas, tirada ya la edición; pero se puede poner tras ellas una fe de erratas, se puede corregir la edición mal hecha.

—¿Puedo yo enmendar mi obra?

—¡Fácilmente! hay males que tienen reparación.

—¡Qué felicidad; daría mi existencia por devolverle la ventura perdida!

—No le puede usted dar felicidad, pero puede usted hacerle recobrar el buen concepto que en algunos círculos ha perdido, puede usted devolverle la paz, la calma, puede usted hacer que recobre el imperio que le permitia ejercer su altiva dignidad, su noble altivez. ¡Que se levante grande, cual siempre, que anonade á los que se han gozado en su caída!

¡Es preciso que ocupe el pedestal que le han alzado sus virtudes!

Sí; yo haré cuanto sea necesario, estoy dispuesto á una gran reparación.

—Nada más natural, nada más justo.

—¿En qué forma le parece á usted que la haga?

—Eso es cuenta suya.

—Indíqueme algo.

—Quien tuvo inventiva para el mal, debe tenerla para deshacer lo hecho.

—No me dirija usted más reproches, bastante avergonzado estoy de mi conducta.

—Le asusta á usted mi severidad, y no le asustaron los efectos de la suya.

—No sea usted cruel con el arrepentido.

—¡Así somos los hombres: débiles, muy débiles; sólo fuertes para ensañarnos en la debilidad de la pobre mujer!

—Por favor no me recuerde usted mi culpa, bastante la expío con los remordimientos.

Es verdad que no puedo quejarme, conozco que tiene usted mil derechos para decirme cuanto se le antoje, mas observe que al hacerle la confesión de mi culpa, me he desarmado completamente, fiando en su hidalguía, en su elevación de alma y en su caballerosidad.

—Volvamos á nuestro asunto.

—No crea usted que quiero eludir mi compromiso, mi palabra es sagrada, mis promesas son siempre cumplidas, y en esta ocasión las cumpliré más que nunca por aliviar el peso de mi conciencia.

—¿Ha coordinado usted ya sus ideas?

—Todavía no.

—¿A cuándo espera?

—En estos momentos no puedo tener ideas frías, porque el cerebro se me abrasa.

—La reacción se necesita pronto.

—Voy á hacer á usted una proposición.

—Veamos.

—Ahora me retiro, y mañana acudiré donde usted me indique para darle cuenta de mi plan.

—¿Acepta usted?

—Acepto.

—En ese caso dígame el punto de reunión.

—Puede usted ir por mi casa á las nueve de la noche.

—Está bien. Le suplico á usted no me guarde ningún resentimiento, porque estimo en mucho su amistad.

—Cuente usted conmigo siempre: su primera acción fué un aturdimiento que disculpo en gracia de la pena que le ha causado.

—Yo quisiera hacerme digno de su aprecio.

—La conducta de usted ha sido muy leal, al confesar su culpa, y por sus buenos propósitos ha conquistado usted mi afecto. Cuente usted con mi amistad y débiles servicios, utilizándolos con entera franqueza.

—Mil gracias, tiene usted un alma muy generosa.

—¡Bendigo el momento en que me ha cabido la suerte de conocer á usted!

Continuará.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

En acecho.—En el grabado de la primera página aparece una águila acechando el momento para apoderarse de su presa, es decir, persiguiendo á los polluelos recién nacidos. El instinto maternal, que se revela hasta en los animales, hace que la gallina ampare á sus pequeñuelos, exponiendo su propio cuerpo. ¡Qué lección tan hermosa para las madres desnaturalizadas que abandonan á sus hijos! Felizmente entre las mexicanas no hay ninguna.

El amigo de la infancia.—El perro, amigo del hombre, lo es más de los niños, pues comprendiendo que esos pequeños séres necesitan amparo, les prodiga su protección. Hace algún tiempo se incendió la casa de un hombre que tenia un perro grande que había comprado para que cuidara su albergue; en la casa se hallaba un niñito de menos de un año de edad, y el perro lo quería mucho. Lo vigilaba constantemente y dormía siempre al lado de su cuna. Cuando se prendió fuego, todos los miembros de la familia en los momentos de angustia se habían olvidado del niño, y el perro con sus fuertes ladridos, y tratando de arrastrar la cuna, les hizo presente su descuido, y se salvó de este modo la criatura.

Notable obra artística presentada en la Exposición de Filadelfia.—El púlpito que reproducimos no pertenece á ninguna iglesia, pues es una maravilla que apareció en dicha Exposición como obra de arte. Está hecho de tierra cocida y en los colores amarillo pálido y encarnado: en los entrepaños se muestran en *alto relieve* figuras que representan escenas bíblicas y de la historia de la Iglesia. Desde tiempos muy remotos se ha usado el púlpito, ó una plataforma más ó menos elevada, para que el ministro desde allí se dirigiera con más facilidad á la asamblea. El que hoy presentamos en nuestro dibujo se encuentra en el taller de un artista.

Castigo del ladrón en China.—En todos los países se ha castigado severamente el robo, pues se comprende que es un plan preconcebido que se comete siempre á sangre fría, lo cual duplica la culpa. En China se condena al ladrón, según puede verse en nuestro grabado, á llevar en el cuello una gran tabla en la cual está escrita su sentencia, mientras que el verdugo, obligándole á pasear por las calles, le azota despiadadamente.

El Monte Hor en la Idumea.—Nuestro grabado da una idea exacta de lo escabroso del terreno de la Idumea, que antiguamente era una región de la Palestina, situada entre la Judea, en Egipto y Arabia Petrea. La elevación del centro es el Monte Hor donde murió el Sumo Sacerdote Aarón, privado del derecho de heredar la tierra prometida, por haber consentido en la idolatría de los israelitas. Solemne amonestación para los que cometen el pecado de infidelidad.